

ISSN: 0213-2087 eISSN: 2444-7080
DOI: <https://doi.org/10.14201/shhc201836223241>

«LA ALEGRÍA DEL MÚSCULO». LAS MUJERES Y LA CULTURA DEPORTIVA EN LA ESPAÑA DE LOS LOCOS VEINTE A TRAVÉS DE LA PRENSA*

*«The Joy of the Muscle». Women and Sports Culture
in Roaring Twenties Spain Through the Press*

M.^a Antonia FERNÁNDEZ JIMÉNEZ
Universidad Complutense de Madrid
<https://orcid.org/0000-0003-4129-2292>

Recibido: 30/01/2019 Revisado: 14/01/2022 Aceptado: 07/02/2022

RESUMEN: Antes de que los totalitarismos de los años treinta convirtiesen el cuerpo humano en trasunto del alma colectiva de la nación, la década de los veinte se presentó como un tiempo en el que los individuos se dispusieron a disfrutar de los placeres que su propio cuerpo les proporcionaba como manera de resarcirse del horror vivido durante la Primera Guerra Mundial. De esta manera, el goce individual, y por extensión el colectivo, fue una forma de proyectarse en el futuro para poder olvidar el trauma del inmediato pasado. La modernidad del periodo quedó patente en muchos aspectos de la vida, uno de ellos sería el del ocio, concepto amplio y novedoso llamado a tener un gran porvenir. El deporte, que se había empezado a extender con fuerza en el mundo occidental, ofreció la posibilidad de llenar el tiempo libre que las obligaciones diarias dejaban. Muchos hombres, y cada vez más mujeres, popularizaron la actividad física hasta conseguir que fuese uno de los principales exponentes de los nuevos tiempos. Aunque España había sido un país neutral durante toda la contienda, en muchos sentidos participó de las transformaciones experimentadas por el mundo occidental durante aquella década. La prensa

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación HAR2016-77416-P: «Diccionario de símbolos políticos y sociales: claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del Siglo XX», dirigido por Juan Francisco Fuentes Aragonés y José Carlos Rueda Laffond, y financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

de la época recogería con nitidez la firme voluntad de aquellos hombres y mujeres de superar la tragedia vivida. Esta generación de posguerra necesitaba un bálsamo que les permitiera afrontar el futuro con la salud física y mental recuperada. Fue entonces cuando cayeron en la cuenta de que el deporte podía proporcionarles lo que buscaban, esto es, salud, divertimento y superación de retos con optimismo y desenfado. No es de extrañar, por tanto, que a lo largo de la década aumentase la popularidad de los deportes conocidos y que se incorporasen otros que vinieron a satisfacer la creciente demanda existente. Era tanta la gente que se acercaba al mundo del deporte como jugador o como público que en poco tiempo alcanzó la categoría de fenómeno social. El aumento de la afición vino acompañado de un incremento del número de publicaciones especializadas en la materia, que, como es fácil de imaginar, no pararon de multiplicar sus ventas. Pero era tal la información deportiva que el nuevo fenómeno generaba que el resto de la prensa se vio obligada a reservar un espacio en sus páginas, por pequeño que éste fuese.

Palabras clave: deporte; mujeres; feminismo; modernidad; ocio; imagen; cuerpo.

ABSTRACT: Before the totalitarianism in the 30s turned the human body in reflection of the collective soul of the nation, the twenties were presented as a time in which individuals felt ready to enjoy the pleasures that their body gave them as a way to compensate the horror experienced during World War I. Therefore both, individual and collective delectation, were a way to forget the trauma of the immediate past. The modern period was evident in many aspects of life, one of them was leisure, a completely new and innovative concept that would have an overwhelming success. The sport, which had begun to spread strongly in the Western world, gave people the opportunity to start doing some free time activities. Many men, but now more and more women, popularized physical activity to make it one of the leading exponents of the new times. Although Spain was a neutral country throughout the war, it participated in many ways in the transformations that the Western world experienced during that decade. The press of the time would clearly record the firm will of those men and women to overcome the tragedy they experienced. This post-war generation needed a balm that would allow them to face the future with recovered physical and mental health. It was then that they realized that sport could provide them with what they were looking for, that is, health, fun and overcoming challenges with optimism and self-assurance. It is not surprising, therefore, that throughout the decade the popularity of well-known sports increased and others were incorporated that came to satisfy the growing demand. There were so many people who approached the world of sports as a player or as an audience that in a short time it reached the category of a social phenomenon. The increase in the hobby was accompanied by an increase in the number of specialized publications on the subject, which, as is easy to imagine, did not stop multiplying their sales. But such was the sports information generated by the new phenomenon that the rest of the press was forced to reserve a space for it on their pages, no matter how small it might be.

Keywords: sport; women; feminism; modernity; leisure; image; body.

1. INTRODUCCIÓN

La Gran Guerra que el mundo sufrió durante cuatro años tuvo tal poder transformador que no sólo revolucionó los códigos nacionales e internacionales de la vieja política, sino también las pautas de comportamiento social necesarias para crear un hombre nuevo capaz de edificar un mundo nuevo (Serrano y Salaün 2006). La preeminencia en ellas de los valores masculinos sobre los femeninos se puso igualmente en cuestión por las propias exigencias del esfuerzo de guerra para el que todos los ciudadanos habían sido movilizados, independientemente de su género. De esta manera, la causa femenina pudo avanzar en aquel corto periodo de tiempo más de lo que lo había hecho a lo largo de décadas cumpliendo al pie de la letra con la célebre máxima de Lenin según la cual la guerra era el acelerador de la historia. Ciertamente, a partir del verano de 1914 las mujeres saltaron a la arena pública con el propósito de animar a los hombres a tomar las armas en defensa de la patria. En los primeros meses de lucha, la propaganda las presentaba como patriotas que preferían ver a sus hijos y esposos marchar al frente antes que mantenerlos en casa como cobardes. Pero cuando la guerra se prolongó las movilizadas fueron ellas, supliendo a los hombres en los lugares que quedaron desatendidos por los millones de combatientes sacrificados. Las mujeres fueron necesarias en todas partes. Igual daba que se las requiriese para curar las heridas, cuidar los campos o producir municiones. El hecho de que demostrasen ser totalmente aptas para realizar tareas consideradas varoniles hizo que muchas de ellas se sintiesen legitimadas para trabajar fuera de casa en igualdad de condiciones que los hombres. Pero también para seguir avanzando en las reivindicaciones políticas que desde finales del siglo XIX venían planteando, por ejemplo, las organizaciones sufragistas. Como otros movimientos políticos y sociales, también el sufragista había tenido que aparcar su lucha hasta que la guerra acabase. Cuando eso ocurrió, la retomaría con nuevos bríos y con más fuerza.

En la posguerra se dieron las condiciones para que la concepción feminista de la vida experimentase un espectacular avance (Aguado y Ortega 2011). Se trató de un proceso de gran calado porque además de demandas laborales y reivindicaciones políticas, la mentalidad femenina sufriría una profunda transformación. Inicialmente no fue un movimiento de masas, pero penetró hasta tal punto en la moral de algunos sectores que terminó por revolucionar a toda la sociedad. Sin duda, la experiencia de la guerra había provocado en muchas mujeres el deseo de acortar las distancias que les separaban de los hombres, predisponiéndolas a disfrutar de igual modo que ellos de las formas de ocio que los nuevos tiempos les ofrecía. Así, el anhelo generacional femenino de votar, trabajar fuera de casa y divertirse fue un elemento fundacional de la modernidad que arrancó en los años veinte.

2. «UN ERROR DE ATALANTA»

El 15 de noviembre de 1918, Ricardo Ruiz Ferry, uno de los periodistas más prestigiosos de España en aquellos tiempos, publicó en el *Heraldo Deportivo* un artículo en el que comenzaba diciendo que el «extraño deporte» que el 90% de la población mundial había practicado durante los últimos cuatro años había cesado ya sus prácticas criminales. El director de la publicación utilizaba esta curiosa expresión pocos días después de la firma del armisticio que ponía fin a la Primera Guerra Mundial. El análisis político de la situación del mundo hecha en un periódico deportivo podía sorprender a unos lectores acostumbrados a noticias más ligeras, pero Ruiz Ferry pensaba que estas páginas eran un lugar idóneo para ello, porque en la posguerra el deporte iba a servir de gran ayuda para una generación de ciudadanos traumatizados por el horror vivido. En su opinión, la humanidad necesitaba recuperar la normalidad de la vida y el deporte podría contribuir decisivamente a ello: «Hagamos, pues, una llamada a los que no son todavía deportistas y ellos serán los elementos sanos que permitirán construir el edificio nuevo, modesto, pero sólido, sin pretensiones arquitectónicas, pero de contextura recia y sobria»¹. No se trataba únicamente de olvidar el terrible pasado sino de construir un nuevo edificio social, que tenía que ser cimentado con elementos modernos en sustitución de los decimonónicos que habían quedado desacreditados por la reciente contienda.

La neutralidad de España en la Gran Guerra no significó que en los años veinte el país también se quedase al margen de la cultura de la modernidad que tuvo en el deporte una de sus señas de identidad. Por el contrario, la sociedad española experimentó las transformaciones de aquel proceso, siguiendo la estela que en este terreno fueron dejando los principales países europeos, tanto en la práctica deportiva como en la creación de un público cada vez más informado (Zambrana 2005). A ello contribuyeron las revistas especializadas en deportes, algunas ilustradas, que verían aumentar su influencia social a lo largo de la década. La revista *Aire Libre*, que vio la luz el 20 de diciembre de 1923, fue una de las más prestigiosas de aquellos años. El afán de publicaciones deportivas como ésta era que la difusión de la cultura física y el deporte favoreciesen la modernización y el progreso de la atrasada sociedad española. Era ésta una tarea ingente, porque el camino a recorrer se presentaba muy largo.

La revista madrileña mostraba su aspiración modernizadora poco tiempo después de que el general Miguel Primo de Rivera hubiese hecho público un manifiesto al país y al ejército en el que declaraba que la labor que se proponía realizar en España era de hombres: «el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar los días buenos que para la Patria preparamos». Estas frases ponían en evidencia la persistencia de la mentalidad del poder respecto a la participación de las mujeres en la política, pese a

1. RUIZ FERRY, Ricardo: «La paz», *Heraldo Deportivo*, 15 de noviembre de 1918.

que el general golpista se había levantado contra la antigua clase política. En todo caso, para que la sociedad española fuese homologable a la de su entorno cultural occidental era más apremiante la modificación de los códigos morales vigentes que la de los políticos. Y es aquí donde el deporte estaba llamado a jugar un papel destacado, porque la discriminación de las mujeres en los deportes obedecía a razones de orden moral. El decoro y el pudor pesaban mucho en la práctica de alguno de los más en boga.

La década había comenzado en España con una polémica centrada en la relación de las mujeres y el fútbol, que era un espectáculo de masas que estaba en camino de llegar a ser uno de los más originales de la modernidad (Quiroga 2014). En un artículo publicado en *El Sol* en 1920, Mariano de Cavia se preguntaba si en España existía ya alguna sociedad, cuadrilla o equipo de balompié femenino². Lo hacía para poder arremeter contra la progresiva presencia de las mujeres en todo tipo de deportes, fenómeno que, a su juicio, era una mala interpretación del feminismo. Cavia terciaba así en el debate que la prensa española, también la deportiva, tenía sobre las bondades propias del feminismo. Él aceptaba con naturalidad, como hacían muchos de sus coetáneos, que se trataba de un movimiento consustancial con el cambio social y mental de los nuevos tiempos. Por lo que no pasaba era por la «masculinización a ultranza» de las mujeres en lo estético y ahí es donde situaba a ciertos deportes. Su lapidaria sentencia de que «El balompié es sólo para hombres» le llevaba hasta el extremo de asegurar que prefería ver a una mujer hacerse literata, socióloga, e incluso torera, antes que futbolista. Tal era el rechazo que le producía la posibilidad de que las mujeres jugasen al fútbol. El escritor lanzó estas invectivas al enterarse de que en Gran Bretaña se había jugado un partido entre un equipo de balompié femenino francés y otro británico. Como sabía que la sociedad española era receptiva a todas las modas que viniesen de Europa, pedía a las jóvenes españolas que no perdiesen su feminidad cayendo en una «novelería deportista» tan ridícula como esa.

Este polémico partido se jugó en Gran Bretaña y también allí provocó reacciones en contra, aunque mucho menos encendidas que en España. Ciertamente, en los años veinte, el fútbol femenino todavía no era una práctica que gozase de gran aceptación en la sociedad británica. Había sido en el transcurso de la Gran Guerra cuando muchas mujeres se animaron a adoptar una costumbre que hasta entonces era sólo masculina. Al final de la guerra estaba tan extendida que en agosto de 1917 las trabajadoras de las fábricas de munición del este de Inglaterra decidieron poner en marcha el primer torneo de fútbol femenino «Tyne Wear & Tees Alfred Wood Munition Girls Cup», conocido popularmente como «The Munitionettes Cup» (Storey y Housego 2010: 61). No es de extrañar que un cambio de mentalidad tan profundo como éste se hubiese iniciado precisamente entre las obreras de las fábricas de municiones, que habían acudido a trabajar allí respondiendo a la llamada de la propaganda que las exhortaba a suplir la mano de obra masculina que se

2. CAVIA, Mariano de: «Un error de Atalanta», *El Sol*, 11 de mayo de 1920.

iba perdiendo. Por tanto, las mujeres contribuyeron con patriotismo al esfuerzo de guerra, pero cuando ésta acabó les resultó muy difícil desandar el camino recorrido. Y jugar al fútbol, en muchos casos vestidas de forma similar a los hombres, era mucho más que un juego. Es fácil de entender la inercia que la práctica del balompié femenino mantuvo durante un tiempo. Lo hizo, sobre todo por el centro y norte de Gran Bretaña, hasta llegar a la cifra de 150 equipos en 1921. Pese a la indudable fuerza que este proceso tuvo, los británicos de esas fechas tampoco estaban preparados para aceptar un cambio social tan revolucionario como el de la popularización del fútbol femenino. Esto es al menos lo que se desprende del informe emitido por el Comité Consultivo de la Asociación de Fútbol inglés en el que calificaba esta moda como inadecuada para las mujeres. Sin embargo, varios clubes femeninos no se dejaron amedrentar y constituyeron la English Ladies' Football Association, que siguió organizando encuentros con la excusa de que lo hacía con la finalidad de recaudar fondos para obras de caridad.

Esta era la situación que se vivía en Gran Bretaña cuando el diario *El Sol* publicó el citado artículo de Mariano de Cavia. A los pocos días también intervenía en la polémica *Heraldo Deportivo*³, que además ilustró su información con una fotografía de las capitanas de los dos equipos saludándose amistosamente. El prestigioso periódico deportivo madrileño volvía a insistir en que muchos españoles tenían miedo de que la moda extranjera del balompié femenino calase entre las españolas. En todo caso, ellos, de momento, no se pronunciaban ni a favor ni en contra, limitándose a ofrecer íntegramente a sus lectores el artículo del célebre periodista. Ésta fue sólo la primera entrega de una cuestión recurrente que reaparecería de vez en cuando y no sólo en las páginas de la prensa deportiva. Por razones distintas a las de *El Sol* y *Heraldo Deportivo*, en 1923, los anarquistas de la *Revista Blanca*⁴ se mostraron igualmente contrarios al balompié. Los libertarios españoles aprovecharon la prohibición que las autoridades de un condado inglés habían hecho de un encuentro femenino para ironizar con lo que ellos llamaban una «nueva derrota del feminismo». Estas críticas eran muy congruentes con el ideal propio del movimiento obrero, y muy especialmente del ácrata, que no perdía ocasión de tildar como frívolas las controversias que alejaban a los trabajadores, incluidas las mujeres, de sus verdaderos objetivos de lucha. Para el anarquismo, el proletariado en su conjunto debería centrar todos sus esfuerzos en conseguir el triunfo de la revolución social, no en defender causas que sólo beneficiaban a los enemigos del pueblo.

Parece evidente que la sociedad española todavía no estaba en condiciones de aceptar, y mucho menos de apoyar, la formación de equipos de fútbol femenino. Por consiguiente, aquellas mujeres que quisieran practicar deporte tendrían que buscar otra clase de juego. Tampoco se veía con buenos ojos que acudiesen a los campos de fútbol a disfrutar como aficionadas de este moderno espectáculo

3. «Balompié femenino», *Heraldo Deportivo*, 25 de mayo de 1920.

4. «Una derrota del feminismo futbolista», *Revista Blanca*, 15 de junio de 1923.

de masas. La prensa se encargó de ridiculizar al escaso público femenino español existente. Era un lugar común entre los periodistas señalar que las aficionadas al fútbol sentían más atracción por los encantos de los futbolistas que por el propio juego del balompié. Para *Aire Libre*, por ejemplo, acudir a los campos de fútbol era una moda más que definía el carácter frívolo y alocado de las mujeres modernas:

¡Divinas estas mujercitas que aman el tango y usan el rimmel, que leen novelas amorosas y juegan al tenis, que son muy frívolas, muy locas, muy modernas, muy enfermas de la electricidad del siglo, y que asisten risueñas y entusiasmadas al sano y viril espectáculo del fútbol!⁵

Los artículos sobre españolas aficionadas al balompié solían ir ilustrados con imágenes que contribuyeron a crear el estereotipo de la superficial mujer de los «locos veinte». Los dibujos de Antonio Lara de Gavilán, más conocido como Tono, y los textos de Luis-Andrés, pseudónimo de Luis Hernández González, en esta misma revista son una buena muestra de ello. Los rostros que el humorista dibujó de cinco supuestas espectadoras de fútbol llamadas Carmen, Mari-te, Asunción, Elena y Pilarinchu compendian la tipología de las modernas españolas y las razones de su afición al popular deporte⁶. De Asunción se decía que no tenía colores, que iba al fútbol simplemente porque estaba de moda. Carmen, en cambio, aunque se declaraba merengue, ni siquiera sabía el nombre de los jugadores de su equipo, pero le gustaba lo morenito que era uno o la valentía de otro feucho. La bilbaína Pilarinchu era descrita como muy atlética y «ardiente defensora en todas partes de los rostros correctamente afeitados sobre la gabardina clara, bajo la boina oscura: vascos auténticos». Sin embargo, también disfrutaba con otros equipos y su principal motivación para presenciar un partido de balompié era el gran ambiente que encontraba en este espectáculo de masas a diferencia de, por ejemplo, el tenis, que le resultaba bastante aburrido, porque tenía poco público. Para la angelical Elena todos los futbolistas merecían su aplauso, sobre todo si eran atacados injustamente. Respecto a la opinión de la última mujer, la simpática Mari-te (de María Teresa), Luis-Andrés afirmaba que nadie la entendía, ni siquiera ella misma.

Un tono socarrón similar empleaba Ricardo García López, el célebre dibujante K-Hito, al tratar el tema del público femenino. En un dibujo que el llamado «emperador de la historieta española» publicó también en *Aire Libre* en abril de 1925 aparecían tres espectadoras elegantemente ataviadas comentando un partido. El texto dejaba claro que el interés de estas mujeres por la belleza de los futbolistas era lo único que les atraía del deporte: «¿Te fijas en aquél? ¡Qué guapo es! ¿Quién? ¿El medio centro? No, el portero, yo nunca reparo en los medios para llegar al fin»⁷. Además de Tono y de K-Hito, en *Aire Libre* colaboró otro popular dibujante

5. GASCÓN, Antonio: «Novelerías. Las mujercitas en el fútbol», *Aire Libre*, 20 de diciembre de 1923.

6. HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Luis (*Luis-Andrés*): «En torno al fútbol. Espectadoras», *Aire Libre*, 12 de agosto de 1924.

7. «Nota cómica deportiva. En el partido», *Aire Libre*, 28 de abril de 1925.

llamado Francisco Sancha. A él se debe un dibujo de octubre de 1925 aparecido en la sección «el deporte en broma» en el que se podía ver a una mujer jugando a la pelota vasca y otra haciendo tranquilamente *crochet*. En el texto se ridiculizaba la aparente gran afición que las modernas españolas sentían por los deportes, cuando en realidad su único objetivo era cazar a un hombre. El autor recordaba que antes del estallido de la Gran Guerra las mujeres hacían «labores propias de su sexo», el *crochet* entre ellas, y algunos deportes como la pelota vasca, pero después de este conflicto se lanzaron a territorios anteriormente masculinos, practicando deportes cada vez más varoniles hasta llegar finalmente al fútbol. El periodista daba por hecho que aunque en España todavía no se practicaba balompié femenino, esta costumbre extranjera terminaría contagiando a las mujeres españolas. Este paso se presentaba, por tanto, como el definitivo para que la irrupción de las mujeres en el universo masculino de los deportes fuese casi total:

Si esto sigue así y la afición cunde, que tal camino lleva, los matrimonios mejor avenidos dirimirán a penalti limpio las más triviales cuestiones domésticas; la mujer perderá la encantadora suavidad de su epidermis y la morbidez de sus rosadas carnes... Sus manos se tornarán flexibles, sus brazos, esos brazos que atraen nuestra miradas... Y entonces, ¡adiós a los encantos femeninos!⁸

Los pronósticos que *Aire Libre* presentaba como una catástrofe inevitable no llegarían a cumplirse, ni pronto ni tarde. Lo cierto es que a mediados de la década, en España ni había equipos de balompié femenino ni las españolas formaban parte del numeroso público que abarrotaba los campos de fútbol del país. En todo caso, el humor y la sátira que predominaba en el análisis del público femenino pone de manifiesto la ligereza utilizada por la prensa al tratar un fenómeno de tanta trascendencia social como era la presencia de las mujeres en un deporte que las propias revistas especializadas de referencia consideraban un espectáculo no sólo popular, sino democrático.

3. LOS DEPORTES DEL «BELLO SEXO»

En 1921, *Heraldo Deportivo* publicó una fotografía en la que se podía ver a un grupo de jugadoras de hockey femenino. Eran las pioneras españolas de este deporte, las chicas del equipo del «Athletic Club» de Madrid. El hockey, que algunos consideraban un deporte «violento», lo practicaban las mujeres británicas desde finales del siglo XIX. En España irrumpió a comienzos de los años veinte logrando abrirse un hueco en el panorama deportivo femenino, aunque lo haría con lentitud y poca fuerza. El periodista de *Heraldo Deportivo* no ponía ninguna objeción a la adopción de este nuevo deporte por parte de las españolas, la única crítica que realizaba era respecto a la indumentaria de las jugadoras, que aparecían en la

8. RECORD, Ricard: «El deporte en broma. Fútbol femenino», *Aire Libre*, 27 de octubre de 1925.

fotografía vestidas con ropas de calle, zapatos incluidos, lo que les restaba libertad de movimientos. Su reclamación del uso de atuendos deportivos apropiados para que el cuerpo femenino estuviese en «condiciones de disfrutar de lleno los beneficios del ejercicio»⁹, significaba que la causa femenina iba avanzando. Dos años más tarde, *Gran Vida*, otra de las grandes revistas ilustradas deportivas del primer tercio del siglo xx, certificaba que el hockey ya había tomado carta de naturaleza entre las jóvenes españolas, con clubes en las principales ciudades del país. Esta publicación estaba dispuesta a apoyar el desarrollo de este deporte por lo que proponía la organización de torneos femeninos, tanto a nivel nacional como internacional. No deja de sorprender que en las mismas fechas la prensa española promocionase el hockey femenino mientras seguía rechazando el fútbol. El argumento esgrimido para justificar esta actitud era la mayor deportividad del primero lo que lo hacía más adecuado para el «bello sexo»¹⁰. *Gran Vida* no aclaraba en qué consistía esa deportividad del hockey frente al fútbol, porque, en realidad, ambos eran deportes de mucho contacto físico.

Uno de los deportes que en aquellos años se consideró idóneo para la fisonomía femenina fue la natación. Es fácil imaginar que la contemplación de los cuerpos de las jóvenes nadadoras vestidas con el maillot de baño causaría un gran impacto en la opinión pública española, sin embargo, fue una costumbre asumible por buena parte de aquella sociedad. El cuplé que Raquel Meller popularizó en 1929 con el título de «la más plantá. La taquimeca», es una prueba de que al final de la década el baño en la piscina era un hábito social arraigado, al menos, entre las modernas españolas: «Y después de salir de la oficina, un baño en la piscina, acostumbro a tomar, porque ya no resulta desatino, que el sexo femenino se ponga a refrescar»¹¹.

Estos versos puestos en boca de la célebre artista evidenciaban que en el imaginario de los años veinte la natación era mucho más que un deporte, se trataba de una actividad física relacionada con un código de valores nuevos, aquel que habían adoptado muchas de las mujeres que trabajaban fuera de casa. Las jóvenes retratadas en «la más plantá» eran personas independientes, dueñas de su propio tiempo y que, por eso mismo, podían dedicar parte de las horas de ocio que tenían a sus actividades favoritas, incluidas las deportivas. Para que la moderna costumbre de acudir a la piscina se propagase entre un número mayor de españolas hacía falta que las autoridades interviniesen. *Heraldo Deportivo* aseguraba que en esas fechas en España había mucha afición a la natación, pero pocas piscinas. La desidia política había desaprovechado las obras de canalización del Manzanares en Madrid para habilitar un brazo del río y transformarlo en un estanque en el que los ciudadanos pudiesen hacer este deporte. Al parecer, esto fue lo que propuso sin éxito el director de *Heraldo Deportivo*, que en 1926

9. «Deportes femeninos», *Heraldo Deportivo*, 15 de febrero de 1921.

10. «El «hockey» y el feminismo», *Gran Vida*, 1 de enero de 1923.

11. Cuplé popularizado por Raquel Meller.

se mostraba esperanzado en que el nuevo alcalde construyese por fin algunas piscinas en la capital de España para que los cuerpos de los madrileños y las madrileñas se pudiesen poner a «refrescar».

Sin olvidar que los prejuicios de las españolas respecto a su propio cuerpo seguían siendo mayoritarios, lo cierto es que cada vez eran más amplios los sectores que se mostraban cómodos con las novedades de la década en materia social y moral. Esta tendencia parecía cobrar carta de naturaleza en un cuadro pintado por la artista española Maruja Mallo en 1927. La protagonista era una joven que cruzaba una playa en bicicleta ataviada con un traje de baño a través del cual se marcaba su escultural cuerpo. *La Ciclista*, así se titulaba la obra, proyectaba la imagen de una mujer independiente, que practicaba esta actividad por el placer que le proporcionaba. No había otro motivo. El mar, la playa, los veleros, el sol, la brisa, la mujer y la bicicleta, es decir, los elementos de la composición, así como la actitud de despreocupación de la joven iban mucho más allá de la simple descripción de una escena marina. Se trataba de una pauta de comportamiento propia de la emergente mentalidad femenina, mostrada a través de un cuerpo femenino liberado de viejas reglas por el ejercicio al aire libre (Kirkpatrick 2003).

Mucho menos transgresora resultó ser la cuestión del atuendo femenino en deportes donde las mujeres eran habituales desde hacía tiempo. La elegancia y la belleza de las señoras en ambientes tan mundanos y elitistas como las carreras de caballos, el tenis, el golf o el tiro de pichón era algo que se valoraba mucho. Un nutrido grupo de espectadoras bien vestidas siempre daba un toque de distinción a cualquier espectáculo deportivo que se preciase. En todo caso, las mujeres no siempre eran elementos pasivos de aquellos exclusivos círculos, muchas participaban en los campeonatos organizados por los clubes deportivos a los que pertenecían. No es que los hombres se lo permitiesen, es que era algo propio de la sociabilidad de la alta sociedad. Por otra parte, a medida que los nuevos tiempos avanzaban, las más arrojadas de ellas sucumbían a los atractivos de actividades de nuevo cuño. Sin duda, una muy acorde con el ritmo acelerado de la época, donde se mezclaba posición social, intrepidez, modernidad y esnobismo era el automovilismo. De todos modos, en el arranque de la década se trataba de un hábito social que estaba empezando a extenderse entre aquellos hombres que tenían la posibilidad económica de hacerse con un automóvil. Si éstos eran pocos, ni que decir tiene que a las mujeres les resultaba algo completamente ajeno. Por tanto, es fácil de entender lo mucho que se celebraba la excepcionalidad de las primeras españolas conductoras. Esto fue lo que ocurrió con la señorita Elsa Meade, la única mujer con carné de conducir en Santander en 1920, cuya proeza fue muy aplaudida por el avance social que significaba. El *Heraldo Deportivo* dio cumplida cuenta del homenaje que se le dio, incluyendo dos fotografías de la joven al volante de su automóvil:

Después del desfile tuvo lugar un acto que sin revestir ninguna solemnidad, resultó una nota muy simpática y delicada. Algunos mecánicos, independientemente del programa que había confeccionado «El Avance», tuvieron la feliz iniciativa de

rendir un homenaje a la bellísima y distinguida Srta. Elsa Meade, que hasta ahora es la única señorita que en Santander posee el título de conductor de automóviles¹².

La aceptación por ciertos sectores sociales de algunas de las nuevas pautas de comportamiento femenino, así como el aplauso que recibió la llegada de las mujeres a actividades que exigían grandes dosis de arrojo como el automovilismo indicaron que también España quería estar a la última. Era más que evidente que para no perder el tren de la modernidad, el país necesitaba asumir que las nuevas reivindicaciones femeninas eran signos inequívocos del cambio social. La voluntad de que España se situase entre las naciones más avanzadas del mundo quedó de manifiesto en una encuesta sobre la juventud realizada por *El Sol* a finales de 1929. El 14 de diciembre, este diario anunciaba que había recibido 1.326 respuestas, de las cuales 1.220 eran de varones, 27 de mujeres y que en 77 no se consignaba el sexo. En los días siguientes se comenzaron a publicar las respuestas que el periódico consideraba más «salientes». Una de ellas, la dada por una estudiante madrileña, que firmaba con las iniciales M.U., revelaban la manera radical en la que algunas españolas habían modificado su mentalidad a lo largo de la década. Los puntos de vista de esta joven de 17 años sobre las distintas cuestiones que *El Sol* le planteó lo indicaban con rotundidad:

Vida: La vida es bella, ni es buena ni es mala, porque no es más que como la queremos tomar; por eso para mí vivir es gozar, y gozar es vivir; 1929: Me agrada de mi época su carácter optimista y renovador [...]; ESPAÑA: Para mí el sentimiento de la patria queda reducido a una añoranza por los paisajes, cantos y gran parte de costumbres. La generación anterior comprendía la patria absurdamente y por eso la expresaba mal. Nuestra generación debe hacer lo posible para poner a España a la altura de los demás países europeos, aunque creo que no está muy retrasada. Las nuevas corrientes nacionalistas me parecen un retroceso en la civilización; LA CULTURA: He estudiado en el Instituto Escuela. De todos los beneficios que creo haber sacado de mis estudios me parece el mayor el haber llegado a conseguir una personalidad y una individualidad. [...] El criterio moral de la sociedad presente me parece todavía muy reducido, pues hay sólo una minoría que amplía sus conceptos hacia lo racional. En este sentido precisamente, la generación juvenil tiende a renovar lo actual. Para mí la religión es algo más allá de la ciencia [...]; AMOR: El amor moderno cuando es amor, es sano, enérgico, noble, y aunque carnal, algo infantil. Conviene que la mujer trabaje, aspirando a una independencia económica. Pensando en la salud del cuerpo y del espíritu, estoy satisfecha con la educación que he recibido. Apruebo la coeducación; DEPORTE: El cuerpo tiene mucha más importancia para esta juventud que para las anteriores. Practico casi todos los deportes; todos me gustan; POLÍTICA: Creo que, en general, a la juventud femenina le interesa poco la política; yo preferiría que no existiese la política y que bastase con el gobierno de cada individuo sobre sí mismo¹³.

12. *Heraldo Deportivo*, 15 de agosto de 1920.

13. «La exploración de *El Sol*. Lo que piensan los jóvenes», *El Sol*, 24 de diciembre de 1929.

Como ella misma afirmaba en sus respuestas, la ideología de M. U. tenía mucho que ver con ser una muchacha educada en el Instituto Escuela, un elitista centro de enseñanza secundaria creado en 1918 en la órbita y con el ideario de la Institución Libre de Enseñanza. Inspirados por la misma filosofía social y con idéntico afán pedagógica estaban la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas. Todos estos centros, que llegaron a ser referentes del panorama educativo y cultural español de estos años, contribuyeron a elevar el bajo nivel de la educación en España. Tanto la Residencia de Señoritas, cuya principal finalidad era lograr la entrada de las mujeres en la universidad, como el Instituto Escuela, donde se educaban los hijos de las élites ilustradas del país, estuvieron dirigidos por María de Maeztu Whitney, una dinámica pedagoga que consideraba la libertad de pensamiento como el verdadero motor de la enseñanza. En 1926 se constituyó el primer club femenino de España, el llamado Lyceum Club, también presidido por María de Maeztu. Las vicepresidentas fueron Isabel Oyárbal y Victoria Kent y la secretaria Zenobia Camprubí, la mujer de Juan Ramón Jiménez. Además de estos célebres nombres, en la lista de socias figuraban los de la mayoría de las esposas de los intelectuales liberales más prestigios del momento: Pérez de Ayala, Araquistáin, Álvarez del Vayo, Ucelay, Besteiro, Ortega y Gasset, Baroja, Marañón (Zulueta y Moreno 1993: 50-52).

4. FEMINISMO DEPORTIVO

Desde los primeros años de la década, en España, al escribir sobre los avances del deporte femenino, se empezó a utilizar el concepto *feminismo deportivo*. Se hacía por extensión del feminismo general, que era un movimiento que tenía su principal caladero entre las mujeres modernas y de cierto nivel social. Con el término feminismo se designaba la «doctrina social favorable a la condición de la mujer a quien concede capacidad y derechos reservados hasta ahora a los hombres», como lo definió el DRAE en 1914. La progresiva incorporación de las mujeres a una destreza tan relacionada con la fortaleza masculina como era la deportiva permitió acortar las distancias que en esta materia existían entre los dos sexos. La prensa al asumir que la cultura deportiva ya no era exclusiva de los hombres empezó a hablar de feminismo deportivo para dar cuenta de los avances logrados por las mujeres, las británicas especialmente. Una de las primeras revistas en hacerlo fue *Aire Libre*, que en 1924 informaba de la celebración en Gran Bretaña de lo que llamaba *gymkbana* «feminista». Desde esta publicación se elogiaba la energía «completamente viril» que las «girls» habían puesto en semejante prueba. Pese a que *Aire Libre* utilizaba el término viril, inmediatamente matizaba esa supuesta supremacía de lo masculino, para no entrar en contradicción con los postulados culturales deportivos que desde la revista se defendían:

Ya no es término de comparación la fortaleza varonil, porque, poco a poco se han ido confundiendo los valores en tal forma que ya hoy, cuando se recibe un

formidable *punch*, es difícil dilucidar, por la cuantía del daño y la dureza del golpe, si proviene de un gladiador o de la blanca mano de una linda *sportwomen*. Fémina, antaño todo dengues, delicadeza y melindrosidad, se ha rebelado contra su condición sedentaria y no se resigna a poseer por única fuerza la de su debilidad, y por arma la de sus lágrimas¹⁴.

Aire Libre también calificaba como feminista una nueva actividad deportiva puesta en marcha en Gran Bretaña con el nombre de «caza del papel» o «galgos y liebres». Se trataba del divertimento de un grupo de chicas que, llenas «de juventud, de júbilo y de sonrisa», se dividían en liebres y galgos y emprendían una carrera en plena naturaleza. Las dos liebres más veloces eran seguidas de un pelotón de galgos, guiadas por el reguero de tiras de papel que las primeras iban lanzando. En realidad no era más que una versión alegre del tradicional «cross-country». Pese a la simpleza del juego, el periodista de la revista española mostraba su entusiasmo por el gusto que el pueblo británico, hombres y mujeres, sentían por la vida al aire libre. Le parecía que este pueblo estaba a años luz del español, donde, en regiones como Andalucía, por ejemplo, se sometía a las mujeres a una «perpetua clausura», que él atribuía a una «brutal herencia mora». Igualmente elogiaba era el «desenvolvimiento orgánico» que la citada actividad campestre producía en estas «adorables virgencitas», cuya principal misión consistía en alumbrar «el Porvenir»¹⁵.

No es de extrañar que de Gran Bretaña procediese la noticia de la celebración en 1925 de un partido de fútbol femenino entre un equipo inglés y otro francés. Lo más destacable para *Gran Vida*, que era la revista que hacía la crónica de aquel encuentro, era el carácter internacional alcanzado por el balompié femenino. La publicación española se alegraba del buen ritmo que el feminismo deportivo llevaba en este país europeo, pero a la vez lamentaba la situación del deporte femenino español, que seguía estando muy alejado de los principales progresos de la modernidad. La admiración que *Gran Vida* tenía por el deporte inglés explica su afirmación de que un encuentro internacional como éste sólo era posible en Inglaterra, a su juicio, el «país más deportivo del mundo y quizá donde más respeto se rinde a los derechos de las mujeres». Los elogios no sólo iban dirigidos a las jugadoras, cuyos méritos como *footballwomen* eran incuestionables, sino que se hacían extensivos a los espectadores que acudían al campo (Holt 1992). Lo destacable era que un público cada vez más numeroso supiese valorar al mismo tiempo la belleza de las deportistas y los aspectos deportivos del juego. Para la revista, la imagen del beso con el que se saludaron las dos capitanas, momento recogido en la fotografía que publicaba, era un gesto premonitorio de que en aquel campo se iba a jugar con nobleza. Y eso fue lo que realmente ocurrió. Al gran ambiente de deportividad que allí se vivió se sumaba el hecho de que los ingresos obtenidos por la venta de entradas tenían como destino una sociedad benéfica pro marineros. No se podía

14. «Fémina triunfadora. La "gymkhana feminista", *Aire Libre*, 27 de junio de 1924.

15. «El feminismo en el deporte. Inglaterra, bello país», *Aire Libre*, 1 de abril de 1924.

pedir nada más. Mujer y caridad seguían siendo un binomio inseparable. En buena medida, la finalidad caritativa fue el salvoconducto que permitió a las mujeres europeas disputar partidos de fútbol en aquellos años, también a las británicas.

Desde hacia años las páginas de las revistas gráficas se llenaban de imágenes de variadísimos torneos deportivos que hacían las delicias de un público ávido de nuevos retos. Tiro de pichón, regatas marítimas, carreras de caballos, tenis, alpinismo, aviación, automovilismo, atletismo, fútbol, natación; de todo esto se hacían campeonatos. La fiebre por la competición llegaba hasta la extravagancia de sectores como los repartidores de periódicos, que competían para ver quien era el más rápido. Este anhelo de superación personal fue una nueva vertiente de la mentalidad de aquellos que vivieron la modernidad del periodo de entreguerras, tanto hombres como mujeres. La situación de retraso de España respecto a los países más desarrollados de Europa se mantuvo, aunque también aquí se contó con algunos deportistas de nivel. En las competiciones femeninas destacó el caso de la tenista Lili Álvarez (Riaño 2004), que, aunque era española de origen, se formaría en otros países. Con este nombre se dio a conocer una chica española de buena familia nacida en Roma en 1905 como Elia González-Álvarez y López-Chicheri y que en 1929 ganaría el torneo Roland Garros de tenis, el Campeonato de Argentina al año siguiente y el campeonato de Italia en 1931.

5. «LA ALEGRÍA DEL MÚSCULO»

Sin duda, las buenas maneras y los sentimientos piadosos eran cualidades femeninas fueron muy valorados por la prensa deportiva española de los años veinte, pero no hay que olvidar lo mucho que estas revistas exaltaron la belleza física al tratar el tema de las mujeres y el deporte. En los últimos años se había escrito mucho sobre los efectos beneficiosos que la actividad física tenía en la salud reproductiva de las mujeres y, por tanto, en el futuro de la humanidad. En la nueva década empezó a cobrar fuerza la idea de que contribuía al incremento de la alegría y la hermosura de las muchachas que la practicaban. Por este motivo, las revistas ilustradas españolas se llenaron con imágenes de bellas jóvenes deportistas, erigidas en verdaderos iconos de la modernidad. La prueba de que en la España de esos años se estaba más ante un anhelo que ante una realidad es que la inmensa mayoría de ellas no eran mujeres españolas sino extranjeras, sobre todo norteamericanas. La fotografía que puede considerarse la más representativa de esta visión de las cosas la publicó *Aire Libre* en 1924 con el curioso título de «la alegría del músculo». En ella se podía ver a un grupo de chicas *girls* norteamericanas jugando al golf en una playa de Miami. Al periodista que firmaba la crónica no se le pasaba por alto las profundas diferencias que en materia de moral femenina existían entre España y Estados Unidos de América. Como hacían otros de sus colegas, él pensaba que la pervivencia de los prejuicios de los españoles era atribuible al profundo legado que la larga dominación árabe sobre España había dejado:

Particularmente en España, aún no se concibe por mucha gente que las mujeres practiquen ejercicios físicos violentos, impropriamente llamados hombrunos. Creemos, con este recóndito, egoísta y bárbaro sentido del vivir que aún tenemos –rescaldos vivos de los preceptos musulmanes– que la mujer nace para otras cosas más distintas, más caseras. [...] En una sociedad acostumbrada al baño, a los ejercicios higiénicos al aire libre, donde mostrar el cuerpo que Dios hizo desnudo no sea pecado, el amor no puede ser, como aquí, algo torturante, con visos de tragedia, sino la aproximación espontánea y fecunda de lo que naturalmente y por imperativo de la especie se atrae. [...] Y entonces notaremos la alegría del músculo ágil, esa alegría que fluye espontánea y generosa de los cuerpos saludables, llenos de vigor¹⁶.

La prensa deportiva española estaba empeñada en contribuir a que este estado de cosas cambiase y no paró de mostrar su entusiasmo por la alegría de los cuerpos musculosos femeninos. Lo solía hacer acompañando sus crónicas con fotografías de chicas en contacto con la naturaleza, la mayoría de las veces en playas soleadas y usando el maillot de baño no sólo para practicar natación, sino también otros deportes. Ciertamente, la natación era la actividad que más a las claras mostraba la desnudez del cuerpo humano y, por tanto, la más valorada por aquellos defensores de una cultura deportiva sin ataduras morales. En numerosas ocasiones eran las playas norteamericanas los escenarios elegidos para descubrir la atlética belleza que el deporte proporcionaba a las formas femeninas. Siempre ataviadas con el maillot de baño, las jóvenes americanas aparecían unas veces jugando al *basket-ball*, otras al *base-ball* o al golf. La cuestión era retratarlas mientras disfrutaban de los placeres que la vida moderna les ofrecía, sin ninguna otra pretensión: «son actualmente las playas escenarios de gestos y actitudes de las bellas que, libres de prejuicios, hacen agradable el ejercicio, toman más tarde su baño tonificador, y luego gustan del té sobre la arena fina que la mar acaricia suavemente»¹⁷.

Ese aire transgresor, emancipador y desenfadado de las *girls* norteamericanas era todavía más rotundo cuando se las relacionaba con un deporte tan viril como el boxeo. En realidad, el pugilismo masculino estaba arraigando con fuerza en la Europa de los años veinte, pero aún no había alcanzado la popularidad que ya tenía en Estados Unidos y en otros países del continente americano. Su práctica en España estuvo rodeada de una fuerte polémica en la que las mayores críticas tenían que ver con la brutalidad que sus detractores le atribuían. Como era de esperar, los principales sermones en su contra no se publicaron en la prensa deportiva sino en la obrera y, muy especialmente, en la anarquista. Naturalmente, el característico moralismo humanista anarquista explica que esta ideología fuese la abanderada de la lucha contra el boxeo. Un ejemplo de ello se puede encontrar en un artículo de marzo de 1924 publicado por *La Revista Blanca*. Federica Montseny, la autora de «La barbarie moderna», apelaba a la innata bondad humana y a la fe

16. «Ellas y el deporte. La alegría del músculo», *Aire Libre*, 30 de septiembre de 1924.

17. «El deporte femenino en la temporada actual por las playas de moda», *Aire Libre*, 28 de julio de 1925.

en la evolución de los individuos para arremeter contra un deporte al que consideraba extremadamente bárbaro. Asimismo, censuraba la actitud de las veinte mil «bestias humanas», que asistieron al campeonato de boxeo de Europa celebrado en Barcelona en aquellos días.

La opinión expuesta por la joven ideóloga anarquista era muy distinta a la defendida en la prensa deportiva, que mayoritariamente veía el boxeo como un deporte noble. Así lo sostenía, por ejemplo, *Aire Libre* en un artículo de 1924 que llevaba un título muy descriptivo: «La pretendida barbarie del noble arte. Consideraciones acerca de una creencia vulgar». Según la publicación madrileña, las personas que tildaban al boxeo de bárbaro lo hacían por puro desconocimiento, porque, en caso contrario, sabrían reconocer los efectos beneficiosos que conseguía en la salud integral de los individuos. La primera consecuencia era física, pues proporcionaba un «cuerpo de bronce» a quienes seguían correctamente las técnicas del pugilismo. También tenía ventajas psicológicas, pues enseñaba a los boxeadores a afrontar las «contrariedades de la vida» y a asumir sacrificios tales como la renuncia a la bebida, el tabaco y la vida nocturna, actitudes todas ellas muy provechosas para el conjunto de la sociedad. *Aire Libre* completaba este «modelo de austeridad» recordando que los boxeadores estaban obligados a aceptar las decisiones del juez, aunque muchas veces no les gustasen. A las habituales críticas de aquellos que decían que el boxeo era un lamentable espectáculo de sangre y dolor entre dos seres humanos, se respondía asegurando que el sufrimiento de los boxeadores era distinto al de las personas no preparadas, porque ellos estaban entrenados para la lucha y, además, los dos púgiles solían tener las fuerzas niveladas. *Aire Libre* completaba su alegato a favor del «noble» deporte recurriendo a los antecedentes históricos, muy especialmente los que procedían de la Grecia clásica, que era el tiempo histórico de referencia para ellos:

La antigua Grecia, que ha dotado al mundo de hombres que son, han sido y serán nuestra admiración, ya practicaba el boxeo, algo reglamentado: salir vencedor en un combate era gran una gloria para aquellos magníficos Hércules que forjaba Grecia, pueblo que enseñó a la Humanidad una de las más reales verdades al afirmar que, sin el progreso físico, no es posible el intelectual¹⁸.

Las diferencias entre las personas que creían que el boxeo era un noble deporte y las que sólo veían en él brutalidad desaparecían completamente si quienes lo practicaban eran mujeres. En ese caso todos estaban en contra. En efecto, al menos en España hubo unanimidad a la hora de rechazar el boxeo femenino, que fue tildado de «exotismo inconcebible». De ahí la dureza de la prensa al informar de la existencia de mujeres boxeadoras en el continente americano. Sin ir más lejos, *Aire Libre*, que había elogiado con contundencia la nobleza y estética del boxeo masculino, afirmaba que el femenino no era más que esnobismo, degeneración

18. «La pretendida barbarie del noble arte. Consideraciones acerca de una creencia vulgar», *Aire Libre*, 19 de febrero de 1924.

y chifladura. La revista aseguraba que esta moda, que en Europa estaba reducida a algunas pocas seguidoras, se había extendido mucho por América, porque allí «toda extravagancia tiene aceptación». Precisamente de un país de este continente, Argentina, era originaria Carmen Lucía, una joven que hacía de *sparring* de un campeón de boxeo argentino, cuyas dotes pugilistas fueron objeto de mofa en una crónica sobre «La mujer y el boxeo»:

Carmen Lucía es bastante guapa, y no la faltará seguramente quien aspire á conquistar su corazón; pero, conocidas sus «habilidades», es muy difícil que nadie se arriesgue á pedir su mano..., enguantada con un amenazador «cuatro onzas». Esta «Carmen» (en quien los nombres y apellidos acusan un indudable origen español) no llevará, seguramente, la navaja en la liga; entre otras razones, porque, como también podrán ustedes comprobar en el grabado, no las usa; pero con su «punch» la basta... [...] Si tales extravagancias las encontramos francamente vituperables en sus propias autoras, no hay que decir el juicio que nos merece el público que, con repugnante goce sádico, se complace en ver cómo Fémima bella, todo delicadeza y fragilidad, se destroza lindamente a puñetazos. Por fortuna, a España no han llegado todavía las demostraciones de este nuevo «progreso» del «sport»¹⁹.

Parece claro que la prensa deportiva apoyaba la modernidad de la sociedad española, pero no tanto.

6. CONCLUSIÓN: LOS LÍMITES DE LA MODERNIDAD DEL DEPORTE FEMENINO EN ESPAÑA

El drama de la Guerra Civil y el consiguiente retroceso político de la dictadura franquista impidieron que la sociedad española del siglo XX se pareciera a la de los países desarrollados de su entorno. No obstante, en los años veinte, antes de que España emprendiese el camino hacia lo que en los sesenta sería el *Spain is different*, muchos españoles intentaron que el país no perdiese el tren de la modernidad. Una manera de conseguirlo era seguir las pautas de comportamiento de la emergente cultura del ocio occidental, el deporte, entre ellas. La lúdica actividad física fue una moda joven, propia de la década, que la prensa de masas contribuyó a propagar. Aunque el panorama periodístico español no estaba tan desarrollado como el de otros países, también en España existieron importantes publicaciones deportivas dispuestas a difundir las bondades de la nueva cultura física. El mundo del deporte se presentó ante los ciudadanos repleto de valores positivos, que reflejaban el optimismo de aquella época. Con la utilización del anglicismo *sport*, la prensa indicaba que había una firme voluntad de que lo nuevo triunfase sobre lo viejo, lo que desde un punto de vista político se podía entender como un claro avance de los valores democráticos. Sectores como el motociclismo, el automovilismo o la aviación, en los que se mezclaban deporte y tecnología, fueron esenciales

19. «La mujer y el boxeo», *Aire Libre*, 29 de abril de 1924.

para reducir las distancias mentales y geográficas que separaban a los ciudadanos antes de la Primera Guerra Mundial. A partir de los años veinte, la nueva manera de entender los conceptos velocidad y espacio fortalecieron el moderno modo de vida occidental, haciéndolo más frívolo y despreocupado, lo que explica que a la década se la conociese como los «locos veinte».

Las mujeres no estuvieron al margen de este histórico proceso. Las que abrazaron las novedosas costumbres urbanas encontraron en el deporte una forma de ser más independientes a la vez que acortaban las distancias que había entre su mundo y el masculino. En todo caso, en España ya había mujeres, especialmente pertenecientes a las clases altas, que desde hacía tiempo pasaban parte del día fuera de casa, socializándose en los elitistas clubs deportivos existentes. Algunas sólo lo hacían en los de tenis, golf, tiro de pichón o carreras de caballos, que eran los espectáculos más aristocráticos de la época y, por tanto, los más adecuados para cultivar las relaciones sociales que les interesaban. La presencia femenina daba a estas actividades un carácter más mundano y a las mujeres el deseado plus de modernidad que su posición social les demandaba (Pérez 1997). Incluso, las más intrépidas de ellas dieron un paso adelante y se lanzaron a practicar deportes aún más revolucionarios como eran el automovilismo o el hockey. Sin embargo, la sociedad española rechazó con firmeza el fútbol femenino, mientras que el masculino era considerado el más popular y democrático de la época. De ahí la inexistencia de imágenes de españolas espectadoras de balompié y, por supuesto, de mujeres futbolistas (Pujadas 2011). La prensa suplió la falta de estas fotografías con dibujos de aficionadas asistiendo a algún campo de fútbol, aunque siempre se las mostraba más interesadas por los atractivos físicos de los jugadores que por los del juego.

Con esta visión lúdica y mundana del deporte convivió otra más solemne que se calificada como higienista. Los teóricos del tema afirmaban que una cosa era la disciplina científica de la gimnasia y otra el deporte como actividad social. Desde planteamientos médicos muy próximos a la eugenesia se pensaba que con la actividad física mejoraba la salud de los individuos y que, por tanto, si se lograba implantar a gran escala se conseguiría el perfeccionamiento de la raza (Bolz 2008). No es de extrañar, por tanto, el papel determinante que este tipo de enfoques reservaba a las mujeres, porque, ciertamente eran ellas las llamadas a mejorar sus condiciones físicas para favorecer su capacidad reproductiva. De esta manera, la humanidad, que había sido tan castigada en la reciente guerra mundial, se redimiría con niños sanos y felices, cuyo nacimiento sería la primera piedra de un nuevo edificio social. Este proceso utópico empezó a cobrar fuerza en los años veinte, pero su máximo desarrollo se produciría en la década siguiente cuando alcanzó la categoría de piedra angular de los propósitos racistas de las emergentes ideologías totalitarias (Girginov 2004).

Por consiguiente, tanto desde la perspectiva sociológica como desde la higienista, en la mayoría de los artículos publicados en la prensa deportiva española de la década quedó recogido el lamento por el desfase existente entre España y los países más desarrollados del mundo occidental (González 2002). En muchas ocasiones, esta triste situación se atribuía a la pervivencia del legado de siglos de

presencia musulmana en España. Pese a todo, para la opinión pública lo más preocupante no era esta herencia cultural sino el desinterés de las autoridades por los asuntos relacionados con la actividad física. El contraste con países como Alemania y Gran Bretaña, que eran los lugares donde más atención se prestaba al deporte femenino, era más que evidente (Mangan 2001). Alemania causaba admiración por la atención que sus autoridades prestaban a todo aquello que sirviese para mejorar la «integridad fisiológica» de los individuos y la libertad con la que las mujeres exhibían su cuerpo sin los ridículos prejuicios de las españolas. Del deporte femenino británico se solía destacar la combinación de tradición y modernidad, así como el gusto por las actividades al aire libre. Fuera de Europa, las deportistas que más presencia tuvieron en la prensa deportiva española de aquel periodo fueron las estadounidenses, que a la mayoría de las publicaciones les parecían las mujeres más libres, bellas, alegres y divertidas del mundo.

7. BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO, Ana y ORTEGA, Teresa María (2011): *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo xx*. Valencia: Universidad de Valencia.
- BOLZ, Daphné (2008): *Les arènes totalitaires. Fascisme, nazisme et propagande sportive*. París: CNRS.
- GIRGINOV, Vassil (2004): «Totalitarian Sport: Towards an Understanding of its Logic, Practice and Legacy», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, pp. 25-58.
- GONZÁLEZ AJA, Teresa (2002) (ed.): *Sport y autoritarismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- HOLT, Richard (1992): *Sport and the British: a Modern History*. Oxford: Oxford UP.
- KIRKPATRICK, Susan (2003): *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*. Madrid: Cátedra.
- MANGAN, J. A. (2001) (ed.): *Sport in Europe. Politics, Class, Gender*. London, Portland OR: Frank Cass.
- PÉREZ ROJAS, Javier (1997): *La Eva moderna. Ilustración gráfica española, 1914-1935*. Madrid: Fundación Mapfre.
- PUJADAS, Xavier (2001): *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España (1870-2010)*. Madrid: Alianza Editorial.
- QUIROGA FERNÁNDEZ, Alejandro (2014): *Goles y banderas: fútbol e identidades nacionales en España*. Madrid: Marcial Pons.
- RIAÑO GONZÁLEZ, Catalina (2004): *Historia cultural del deporte y la mujer en la España de la primera mitad del siglo xx a través de la vida y la obra de Elia María González Álvarez y López-Chicheri «Lilí Álvarez»*. Madrid: Consejo Superior de Deportes.
- SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge (2006) (eds.): *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*. Madrid: Marcial Pons.
- STOREY, Neil R. & HOUSEGO, Molly (2010): *Women in the First World War*. Oxford: Shire Publication.
- ZAMBRANA CONTRERAS, Manuel (2005): *Historia y evolución del deporte en España. Desde la educación física de Amorós a la gestión del siglo xxi*. Madrid: Círculo de Gestores.
- ZULUETA, Carmen y MORENO, Alicia (1993): *Ni convento ni college. La residencia de Señoritas*. Madrid: Residencia de Estudiantes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

